

ya existía de hecho y de derecho, y que bien meditado, estaba en el interés de ambos países. El único punto delicado era el sacrificio de las provincias del Ebro, sacrificio á que difícilmente se prestaría la nación, y que podría perjudicar mucho á la popularidad del joven monarca. Sin embargo, aun sobre este punto no era absoluto el lenguaje del señor Izquierdo. Parecía que el gabinete francés solo deseaba las provincias del Ebro en cambio de un camino militar para Portugal. Mas si se consentía en sufrir la servidumbre de aquel camino, no habría necesidad de ceder las provincias pedidas, se saldría del apuro con el paso de las tropas francesas, incomodo, pero temporal; porque en cuanto Napoleon tuviese una nueva guerra en el Norte (lo cual no podía dejar de suceder), se vería obligado á evacuar el Portugal, y la España se vería de este modo libre de la presencia de sus tropas.

Así interpretaban el pliego del señor Izquierdo. Los consejeros de Fernando decían que lo peor que podía suceder en una negociacion directa con Napoleon, sería el tener que hacer algunos sacrificios con respecto á las colonias, la estipulacion de una alianza que no habia cesado de existir, y la concesion de un camino militar hácia Portugal, pero que en cambio se obtendría seguramente el reconocimiento del título del nuevo monarca. Esta última consideracion era la que ejercía mas influencia en el ánimo de aquellos ignorantes consejeros, y de su poco perspicaz señor, y la que hacía que se mirasen como secundarias todas las demas. Aun cuando no les ocurriese que se pudiera negar el reconocimiento de Fernando VII, ciertos sínto-

mas los habían, sin embargo, causado alguna inquietud. Las consideraciones que Murat guardaba con los antiguos soberanos, la presteza con que procuró protegerles con un destacamento de caballería francesa, la declaracion de que no sufriría ningun acto de rigor contra el príncipe de la Paz, y algunas espresiones vertidas en Aranjuez, en donde la antigua corte se consolaba jactandose de la proteccion de su poderoso amigo Napoleon, todas aquellas señales hacian temer á Fernando y á su corte algun repentino trastorno político en favor de Carlos IV, producido por la intervencion de la Francia. Aunque Mr. de Beauharnais les dejaba esperar, sin prometérsela, la benevolencia de Napoleon, ya hacia muchos días que no obtenian de aquel embajador mas que palabras vagas, y el consejo reiterado de ir á echarse en brazos del emperador, para conciliarse su favor, que sin duda no estaba adquirido cuando era necesario irle á buscar tan lejos. Murat, que estaba en relaciones mas directas con Napoleon, calmaba todavía menos su ansiedad. Solo se mostraba inclinado á los antiguos soberanos, y no concedía al joven rey mas título que el de príncipe de Asturias. Segun otras espresiones proferidas en Aranjuez, se temía que los reyes padres concibiesen la idea de ir á presentarse á Napoleon, para referirle á su manera la revolucion de Aranjuez, sorprenderle y obtener la reparacion de sus quejas. Se temía que de este modo volviese el poder á manos de Carlos IV, y si no á las del príncipe de la Paz, por lo menos á las de la reina, que volvería á colocar á Fernando en la triste posicion de hijo oprimido, á encerrar al duque del Infantado y al canónigo Escoiquiz

en unos castillos, y se vengaría en unos y otros, de los dias de abatimiento que acababa de sufrir, y sobre todo, de la caída del favorito, de la que se mostraba inconsolable.

Esta razon, mas que ninguna otra, y mas que la ignorancia de los negocios ó de las sugerencias extranjeras, fué la que decidió á Fernando VII y á sus ineptos consejeros, á dirigirse todos reunidos á donde se encontraba Napoleon. El peligro de comprometer en una negociacion imprudente provincias, privilegios coloniales, ó algunos otros grandes intereses de la monarquia española, no se les pasaba siquiera por la imaginacion, porque les ocupaba esclusivamente el temor de que Carlos IV fuese á defender su causa por sí mismo, y tal vez á ganarla. Hubieran preferido cien veces ver á Napoleon reinar en España, á que la reina volviese á apoderarse de la autoridad real; sentimiento de que participaban á su vez los reyes padres con respecto á Fernando, y que por desgracia de la Francia y de la España, hizo caer el cetro de Felipe V en manos de la familia Bonaparte.

En cuanto este temor se hubo apoderado del ánimo de la nueva corte, quedó decidida la cuestion del viage en busca de Napoleon, y las deliberaciones de que todavía podia ser objeto, no fueron mas que vacilaciones de espíritus débiles, que ni aun saben querer resueltamente lo que desean. Para disipar aquellas fluctuaciones, hicieron algunos esfuerzos el príncipe Murat y el general Savary. El primero se valia de Mr. de Beauharnais, para que reiterase diariamente á Fernando el consejo de emprender la marcha, repitiendo á aquel desgraciado embajador, que era el único medio de

reparar la falta que habia cometido al impedir el viage á Andalucía. Murat vió tambien al canónigo Escoiquiz: éste, creyéndose muy sagaz, y sobre todo, mucho mas de lo que podia serlo un militar que habia pasado toda su vida en los campos de batalla, llegó á lisonjearse de que podria penetrar fácilmente el secreto de la corte de Francia, abocándose algunos instantes con el que la representaba al frente del ejército francés. Murat se guardó muy bien de prometer anticipadamente el reconocimiento de Fernando VII, pero declaró varias veces, que las intenciones de Napoleon eran enteramente amistosas, que no queria mezclarse para nada en los asuntos interiores de España, y que si sus tropas se habian encontrado á las puertas de Madrid en el momento de estallar la última revolucion, habia sido puramente por casualidad; pero que pudiendo hacerle la Europa responsable de aquella revolucion, antes de reconocer al nuevo rey, se veria obligado á asegurarse de si todo lo que habia ocurrido en Aranjuez habia sido legitima y naturalmente: que nadie mejor que el mismo Fernando VII podria tranquilizarle sobre este particular, y que la presencia del príncipe, y las esplicaciones que saliesen de sus labios, no podian menos de producir en el ánimo de Napoleon un efecto decisivo. Murat engañó de este modo al pobre canónigo que se habia propuesto engañarle, y que salió convencidísimo de que el viage produciria infaliblemente el reconocimiento del príncipe de Asturias como rey de España.

Ya se sabia la llegada del general Savary á Madrid, y aunque colocado en una posicion bastante inferior á la de Murat, se le suponía no obstante

mas iniciado en los verdaderos pensamientos de Napoleón, y por lo tanto se deseaba mucho una entrevista con él. Don Juan Escoiquiz y el duque del Infantado quisieron hablarle, y presentarle en seguida á Fernando VII. Despues de oír de su boca palabras mas esplicitas que las que habia proferido Murat, porque el general Savary no tenia que guardar tanta reserva, le presentaron al príncipe de Asturias. Este consultó al general acerca de la utilidad del viage que se le aconsejaba, y de las consecuencias de una entrevista con Napoleón. No se trataba todavía de ir á Bayona, sino únicamente á Burgos ó á Vitoria: porque se aseguraba que el emperador estaba á punto de llegar, y solo se procuraba cumplimentarle, anticiparse á los reyes padres, y ser los primeros en hablar y darle esplicaciones que le convenciesen de la extraordinaria revolucion de Aranjuez. El general Savary, sin comprometer la palabra del emperador, cuyas intenciones, decia, ignoraba sobre unos acontecimientos que aun eran desconocidos cuando él salió de París, no tuvo mucho trabajo en engañar á unas gentes que tan dispuestas se encontraban á formarse ilusiones. Afectando que hablaba por su cuenta y bajo su única responsabilidad, afirmó no obstante, que en cuanto Napoleón viese al príncipe español, oyese de su boca la narracion de los últimos acontecimientos, y adquiriese la conviccion de que la Francia tendria en él un aliado fiel, le reconoceria como rey de España. Sucedió entonces lo que ocurre siempre en esta especie de conferencias: el general Savary creyó no haber prometido nada haciendo esperar mucho, y Fernando VII, se persuadió de que todo lo que se le dejaba esperar,

se le habia ofrecido. A penas el general se separó del príncipe, cuando se acordó definitivamente la resolucion, ya casi tomada, de salir en busca de Napoleón. Sin embargo, faltó muy poco para que un incidente comprometiese el resultado que Murat y Savary acababan de obtener.

El emperador habia mandado que se arrancase al príncipe de la Paz del furor de sus enemigos que anhelaban su muerte, por no dejar que se cometiese un crimen á la vista y en cierto modo bajo la responsabilidad del ejército francés, y tambien para tener á mano un instrumento con el cual esperaba manejar á su antojo á los antiguos soberanos. Por otra parte, la reina, auxiliada por la imbecil bondad de Carlos IV, pedia como una gracia que para ella era preferible al trono, y aun casi á su propia existencia, que se salvase al que llamaba siempre Manuel, su mejor y su único amigo, víctima, decia, de su grande afecto á los franceses. Asi, salvar al favorito, no solo era un acto de humanidad, sino tambien el medio mas seguro de grangearse la gratitud de la antigua corte, y hacer de ella lo que se quisiese. Murat pidió, pues, con toda la arrogancia que da la fuerza que se le entregase el príncipe de la Paz, que detenido primero en la villa de Pinto, habia sido trasladado despues al castillo de Villaviciosa, donde podia estar mas seguro, bajo la vigilancia de una escolta de guardias de corps, mas decididos á degollarle que á entregarle. Despues de cargarle de cadenas se seguia su causa con grande encarnizamiento, inspirado simultáneamente por el odio, por el deseo de deshorrar á la antigua corte, y de preverse por la muerte de aquel antiguo favorito, de

un reyés de fortuna. Fernando VII y sus consejeros se prestaban á todas aquellas iniquidades, tanto por su propio interés, como por dar gusto á la multitud á que deseaban complacer y lisongear.

Murat les declaró que sino se le entregaba al príncipe, daría orden á sus dragones para que acuchillasen á los guardias de corps que le custodiaban, y resolvería de este modo la cuestion á viva fuerza. En honor de este valiente militar, es preciso confesar, que en aquella ocasion, obraba por generosa indignacion tanto como por cálculo. Quanto mas insistia, tanto mas los confidentes de Fernando, poco capaces de comprender tan noble sentimiento, vieron en aquella tenacidad un proyecto de servirse del príncipe de la Paz contra Fernando VII, y aun se asegura que pasó por algunos instantes por la imaginacion de varias personas exaltadas la idea de asesinarle, no se sabe precisamente quienes fuesen las que concibieron semejante atentado, pero sí que eran de las mas influyentes de la nueva córte.

El general Savary, mas avisado que Murat, creyó observar que el interés con que se reclamaba al príncipe de la Paz producía una desconfianza perjudicial al objeto principal, es decir, á la marcha de Fernando VII, y se propuso renunciar momentáneamente á la extradicion del príncipe, diciendo que aquel negocio se arreglaría ulteriormente como todos los demas, en la conferencia que iba á celebrarse entre el nuevo rey de España y el emperador de los franceses.

Hecha esta concesion, se acordó la salida de Fernando. Pero antes quiso este príncipe pasar á Aranjuez á visitar á su padre, que desde el 19 de

marzo (era entonces el 7 ú 8 de abril) había dejado en el mas completo abandono, sin haberse dignado verle ni una sola vez. Deseaba que le diese una carta para Napoleon, para atraerse en cierto modo la voluntad de su anciano padre por una prueba de benevolencia en favor suyo. Empero Carlos IV recibió muy mal á su ingrato hijo. Mucho peor fué todavía la acogida que le dispensó la reina, y le fué negado todo documento en que pudiera fundar su buen comportamiento en los sucesos de Aranjuez.

Aunque semejante negativa le dejó algun tanto desconcertado, no suspendió sin embargo los preparativos para emprender su marcha el día 10 de abril. Estableció una regencia compuesta de su tío el infante don Antonio, del ministro de la Guerra, Ofarril, del de Hacienda, señor Azanza, y del de Gracia y Justicia, don Sebastian Piñuela; con el encargo de que espidiese en su nombre las órdenes mas urgentes, que le diese cuenta de todos los negocios que no exigiesen una decision inmediata, y que obrase en todo de acuerdo con el Consejo de Castilla. Fernando se llevó consigo sus dos confidentes mas íntimos, el duque del Infantado y el canónigo Escoiquiz, al ministro de Estado, señor Cevallos, y á los señores Muzquiz y Labrador, excelentes y experimentados agentes ó negociadores. Le acompañaban ademas el duque de San Carlos y otros grandes señores que componian su nueva servidumbre. El señor de Cevallos era el encargado de sostener la correspondencia con la regencia de Madrid.

Sin embargo, esta resolucion disgustó en extremo al pueblo de Madrid; unos por orgullo pu-

ramente español, opinaban que era bastante, y aun quizá demasiado, haber enviado ya á Napoleon al infante don Carlos, hermano del rey, y creían de buena fé que el soberano de la España degenerada valía por lo menos tanto como el emperador de los franceses, vencedor del continente y dominador de la Europa. Otros, y estos eran en mayor número, principiaban á descubrir el motivo de la venida de tantos franceses á la Península; interpretaban siniestramente la negativa ú oposición al reconocimiento de Fernando VII, y miraban como un solemne engaño el ir á buscar á Napoleon, porque era entregarse en sus poderosas manos. Estaban muy distantes de creer que se llevase la necedad hasta el extremo de llegar á Bayona en territorio francés, pero juzgaban que cuanto mas se aproximase á los Pirineos, se colocaba al alcance de Napoleon y sus ejércitos. La noticia de este viage produjo en la capital una sensacion difícil de espresar, y hubiera estallado un tumulto, á no haber apaciguado los ánimos una proclama de Fernando VII, en que decia que Napoleon se dirigia á Madrid para anudar los lazos de una nueva alianza, para consolidar la felicidad de los españoles, y que no podia prescindirse de ir á esperar á un huésped tan ilustre, y tan grande como el vencedor de Austerlitz y de Friedland.

Aquella proclama evitó el tumulto, pero no dispó enteramente las sospechas que el buen criterio de la nacion la habia hecho concebir. Fernando partió el 10 de abril, rodeado de una multitud inmensa que le saludaba con interés y sentimiento, y con protestas de una adhesion sin límites. Sin embargo, en una parte del pueblo, se

distinguía fácilmente cierta especie de desdenosa compasion por la necia credulidad del jóven monarca.

Temiendo que Fernando ó los que le acompañaban variasen de dictámen, se habia convenido con Murat en que el general Savary haria el viage con ellos, para conducirlos desde Burgos á Vitoria, y desde esta ciudad á Bayona, en donde era presumible se hubiese detenido el emperador. Se convino ademas, en que se aplazaria la demanda de libertar al príncipe de la Paz, hasta que Fernando VII hubiera atravesado la frontera, y que hasta entonces se desistiria de este paso y de cualquiera otro que pudiera infundir recelos.

Napoleon, habia comunicado ya á Murat, por conducto de los generales Savary y Reille enviados sucesivamente á Madrid, la resolucion de atraer á Fernando VII á Bayona, apoderarse allí de él, hacer que reinase todavía Carlos IV algunos dias, y servirse despues de aquel desgraciado príncipe para hacer que le cediese la corona. Habia tambien prevenido á Murat, que si Fernando VII no se decidia á partir, publicase la protesta de Carlos IV, declarase que solo él reinaba, y que Fernando VII no era mas que un hijo rebelde. Mas la facilidad de este último en salir á buscar á Napoleon le evitó el tener que recurrir á aquel violento medio, y volver á poner el cetro de las Españas en manos de Carlos IV. Por muy débiles que fuesen aquellas manos, y por mas facil que pareciese arrancarlas el cetro que se las confiara por algunos momentos, Murat prefirió separarse de aquel tortuoso sendero que le alejaba del objeto á que propendian todas sus miras. Comprendió,

pues, que era preciso contentarse con hacer que partiese Fernando VII, sin devolver el cetro á Carlos IV. Estando ya en poder de Napoleon Fernando, á quien los españoles amaban apasionadamente, no quedaba ya mas que Carlos IV, al que generalmente no se queria á ningun precio, y aun podria suceder que éste quisiera tambien trasladarse á Bayona. Entonces todos los Borbones, jóvenes y viejos, populares é impopulares, quedarian á disposicion de Napoleon, y el trono de España quedaria realmente vacante.

Lo que Murat habia previsto sucedió en efecto. Apenas supieron los reyes padres la marcha de Fernando, trataron de emprender tambien el mismo viage. Desde el 17 de marzo no habia gozado su ánimo un momento de tranquilidad, y hasta la España llegó á serles odiosa; así es que hablaban continuamente de abandonarla é ir á habitar aunque fuese en una sencilla quinta de Francia, país que su poderoso amigo Napoleon habia hecho tan sosegado, tan pacífico y tan seguro; pero cuando supieron que Fernando iba á avistarse con el emperador fué ya otra cosa. Aun cuando no tuviesen gran esperanza ni ambicion de volver á empuñar el cetro, se apoderó de ellos el mayor despecho á la idea de que Fernando podria ganar su causa en el ánimo del árbitro de su destino: que reconocido rey y consolidado por la Francia, llegaria á ser su señor, el del infortunado Godoy, y podria decidir de su suerte y de la de todos sus amigos. No pudiendo contenerse ya con aquella idea, concibieron un vehemente deseo de ir á defender personalmente su causa contra un hijo desnaturalizado, ante el poderoso soberano que se aproximaba á los

Pirineos. La reina de Etruria, que aborrecia á su hermano Fernando de quien era odiada, tenia tambien que defender los derechos de su joven hijo que habia llegado á ser rey de la Lusitania Septentrional, y temiendo que aquellos derechos desapareciesen en medio del trastorno general de la Península, queria ir con sus padres á echarse en brazos de Napoleon para obtener justicia y proteccion. Contribuyó por su parte á avivar el deseo de sus ancianos padres, y precipitarlos por el camino de Bayona. Así es, que aquellos desgraciados Borbones se hallaban animados de una especie de emulaciones para entregarse por sí mismos al temible conquistador, que los atraía, como se dice que la serpiente atrae á los pajarillos dominados por una atraccion irresistible y misteriosa.

Inmediatamente participaron su deseo á Murat, que le escuchó con tan indecible alegría, que si no hubiese obedecido mas que á su primer impulso habria hecho que subiera al coche la antigua corte, para que inmediatamente partiese detras del joven monarca, pero temia inspirar serios recelos haciendo marchar simultáneamente á todos los individuos de la familia real, provocar en el ánimo de Fernando y sus consejeros reflexiones que tal vez les harian desistir de su viage, y sobre todo, tomar una resolucion de aquella naturaleza sin consentimiento del emperador. Se limitó, pues, á comunicarle sin demora noticia tan importante, no dudando de la contestacion, y complaciéndose en ver á todos los principes que tenian derecho á la corona de España, correr voluntariamente á precipitarse en la sima abierta en Bayona. Concibió esperanzas descabelladas, y se persuadió de

que todo sería posible en la Península mezclando con la fuerza un poco de destreza.

Durante aquel tiempo, Fernando VII y su corte se dirigían á Burgos con la lentitud habitual á los príncipes de España, á lo que contribuían en gran manera los respetuosos homenajes de las poblaciones del tránsito. En todas partes se rompían los bustos y retratos de don Manuel Godoy, y se paseaban en triunfo los de Fernando VII, coronados de flores. Las ciudades por donde pasaba el príncipe, le perdonaban un viage que las proporcionaba la alegría de verle, pero temiendo por su futura suerte, juraban sacrificarse por él si fuese necesario. Manifestaban mas aquellas demostraciones cuando los franceses podían observarlas, como si quisieran advertirles su desconfianza, y los esfuerzos que se hallaban dispuestos á hacer.

Cuando Fernando VII y sus compañeros de viage llegaron á Burgos, experimentaron tan gran sorpresa, que comenzaron á sentir el haber obrado con harta ligereza. El general Savary les habia dicho siempre, que se trataba únicamente de ir á esperar á Napoleon, á quien encontrarían en el camino de Castilla la Vieja, y aun tal vez en Burgos. El vehemente deseo de ser los primeros en verle, y de prevenirle contra los reyes padres, los habia ofuscado hasta tal punto, que no descubrieron el grosero lazo que se les tendía. Mas al aproximarse á los Pirineos, y al atravesar por medio de los ejércitos franceses, se apoderó de ellos una especie de terror, y casi estuvieron decididos á volverse, mucho mas cuanto nadie hablaba de Napoleon ni de su próxima llegada: (estaba entonces en Burdeos). El general Savary que no los aban-

donaba, acudió al momento, reanimó su vacilante confianza, y les aseguró que iban á encontrar ya á Napoleon, que cuanto mas camino anduviesen para llegar á su presencia, mas le dispondrían en favor suyo, y que de este modo saldrian de cuidado acerca de su suerte dos dias antes. El medio mas seguro para tranquilizar un corazon agitado, es prometerle aclarar cuanto antes las dudas que le sobresaltan. El príncipe decidió, pues, trasladarse á Vitoria, adonde llegó el 13 de abril por la tarde.

En Vitoria las fluctuaciones de Fernando se convirtieron en una resistencia absoluta, y se obstinó en no proseguir su viage. Supo que Napoleon, lejos de atravesar la frontera, se encontraba todavía en Burdeos, y la susceptibilidad española se sentia ofendida de dar tantos pasos en busca de un huésped que tan poco se apresuraba á presentarse. Además, al acercarse á la frontera de Francia comenzaba á descubrirse la verdad. En Madrid, en medio de partidos enemigos que procuraban avistarse cuanto antes con Napoleon, en el seno de un pueblo infatuado de sí mismo, que no imaginaba que una mano estrangera osase tocar á la corona de Carlos V, habia podido creerse que Napoleon ponía en movimiento sus ejércitos únicamente por interés de la familia real de España. Pero en las inmediaciones de la Francia, en donde todo el mundo comprendía las intenciones de Napoleon, y donde las tropas francesas, acumuladas largo tiempo hacia, habian dicho indiscretamente lo que suponían del objeto de su mision, era mas difícil hacerse ilusiones. En efecto, en Bayona y las cercanías, se decia públicamente que Napoleon

trataba de concluir su sistema político, y reemplazar en el trono de España á la casa de Borbon por la familia Bonaparte. Juzgabase muy natural esta conducta por parte de un conquistador fundador de dinastía, especialmente, si como era probable, la empresa tenia buen éxito, y si las colonias españolas no iban á aumentar en aquel trastorno el imperio británico al otro lado de los mares. Estos rumores se habian estendido de las provincias vascogadas francesas á las españolas, y produjeron tal sensacion en el ánimo de Fernando VII y del canónigo Escoiquiz, que inmediatamente se adoptó la resolucion de detenerse en Bayona. Para ello se alegó la razon de etiqueta, que no dejaba de tener alguna fuerza, porque ir á buscar á Napoleon aun más allá de la frontera, no era en verdad muy decoroso. El general Savary, para conducir á los españoles hasta Vitoria, los habia engañado con la esperanza y casi con la certidumbre de encontrar á Napoleon de un momento á otro; pero la noticia de que todavía se hallaba en Burdeos, no le permitia valerse ya de semejante medio. Entonces dijo, que puesto que habian llegado hasta allí para ver á Napoleon, y solicitar que reconociese al nuevo monarca, era necesario dejar á un lado consideraciones de poco momento, y marchar directamente al objeto que se habian propuesto; que los que iban á buscar á Napoleon le necesitaban; que el podía pasarse muy bien sin ellos; que era preciso que atravesasen la distancia que les separaba, y que negocios muy graves, le habian impedido sin duda, el andar antes; y por último, que no debía enfadarse como unos niños por las consecuencias de un paso que se habia dado por motivos del mayor

interés. Despues, el general, con su vivacidad militar, que no siempre se hermanaba con la prudencia, viendo que no era escuchado, mudo de repente de tono, y de complaciente y reservado, se convirtió en arrogante y duro: montó á caballo y les dijo que harian lo que gustasen, pero que él se volvía á Bayona á reunirse con el emperador, y que probablemente tendrian que arrepentirse de haber variado de resolucion. Con esto logró asustarlos, pero no por eso trataron de volver á emprender la marcha.

El general Savary salió al momento para Bayona, á donde llegó el 14 de abril, pocas horas antes que el emperador, que no entró hasta la tarde del mismo dia. Este se habia detenido algunos dias en Burdeos para dar tiempo á que los príncipes españoles se acercasen á la frontera, y ahorrar-se el salir á su encuentro, lo que no hubiera podido dejar de hacer hallándose en Bayona. En Burdeos habia empleado sus ratos de ocio, como acostumbraba en todas partes, es decir, en instruirse de las necesidades del país, en informarse acerca del comercio de aquella gran ciudad, y de los medios de conservar las relaciones de la Francia con sus colonias. Habiendo reconocido por sus propios ojos cuanto sufría la ciudad de Burdeos con el estado de guerra, mandó que se la hiciese un préstamo de algunos millones por el tesoro extraordinario, y que se hiciese una considerable compra de vinos por cuenta de la lista civil. En cuanto llegó á Bayona el 14, supo con gran satisfaccion lo que habia ocurrido en Madrid favorable á sus designios, y adoptó las medidas convenientes para asegurar su ejecucion definitiva.



Después de ponerse de acuerdo con el general Savary, le volvió á enviar á Vitoria como portador de una carta en respuesta á la que Fernando le habia ya dirigido, concebida en términos que pudiesen atraer á aquel príncipe á Bayona, sin contraer con él ningun compromiso formal. En aquella contestacion, (y aludiendo á los consejos de indulgencia que habia dado al rey Carlos cuando el ruidoso proceso del Escorial), le decia Napoleon, que los papeles de Carlos IV debian haberle convencido de su imperial aprecio, y que por consiguiente sus buenas disposiciones personales no podian ser dudosas; que al dirigir los ejércitos franceses á los puntos del litoral europeo mas á propósito para secundar sus miras contra la Inglaterra, se habia propuesto marchar á Madrid para decidir al paso á su augusto amigo Carlos IV á adoptar algunas reformas indispensables, y particularmente la de que despidiese al príncipe de la Paz; que se lo habia aconsejado varias veces, y que si no habia insistido mas, era por consideracion á debilidades augustas, debilidades que era preciso perdonar, porque los reyes, como los demas hombres, no eran mas que *debilidad y error*, que en medio de aquellos proyectos le habian sorprendido los acontecimientos de Aranjuez; que no trataba de modo alguno de constituirse en juez, pero que habiéndolos presenciado, por decirlo así, sus ejércitos, no queria aparecer á los ojos de la Europa como el promovedor ó cómplice de una revolucion que habia derribado del trono á un aliado y un amigo: que no pretendia mezclarse en los negocios interiores de España, pero que si se le demostraba que la abdicacion de Carlos IV habia sido

voluntaria, no tendria dificultad en reconocerla, y al príncipe de Asturias como legitimo soberano: que para ello seria conveniente una entrevista de algunas horas, y que por último, con la reserva que la Francia habia observado durante un mes, no se debia temer encontrar en el emperador de los franceses un juez desfavorablemente prevenido. Seguian despues algunos consejos, en lenguaje muy elevado, acerca del proceso del príncipe de la Paz, sobre lo inconveniente que seria deshonorar no solo al príncipe, sino al rey y la reina, en iniciar en los negocios del Estado á una multitud envidiosa y de mala intencion, y en habituarla con este precedente funesto á poner su mano sobre los que la habian gobernado largo tiempo: por qué, añadia Napoleon, *los pueblos se vengan con gusto de los homenajes que nos rinden*. Al concluir se manifestaba todavía dispuesto á la idea de un matrimonio, si las esplicaciones que se le diesen en Bayona eran de tal naturaleza que pudiesen dejarle satisfecho.

Esta carta, miscelánea ingeniosa de indulgencia, de altanería y de razon, hubiera sido un hermoso trozo de elocuencia, á no llevar envuelta una perfidia. El general Savary debia entregarla en Vitoria, hacer las aclaraciones necesarias, y si el caso lo exigia, añadir algunas de las palabras capciosas de que era tan pródigo, y que proferidas por su boca podian decidir á Fernando VII sin obligar, no obstante á Napoleon. Empero era necesario preveer el caso en que Fernando VII y sus consejeros resistiesen á todas aquellas maquinaciones. Si llegaba este caso, Napoleon estaba dispuesto á no quedarse en medio del camino, y decidió que